

In memoriam

Siempre fue la suya una historia difícil de narrar, difícil de compaginar, irrepetible... La iba conociendo de a poco, fragmentariamente, en trozos inconexos, por episodios aislados, sin hilván cronológico. Sin embargo, desde el primer día en que la vi, supe que era una mujer distinta, no sólo por su condición extranjera, sino por ese halo que la rodeaba, desconocido y misterioso, casi impenetrable, del que salía raras veces para hacerme sus confidencias, pedazos de su vida en recuerdos celosamente ocultos.

A mí me tenía afición. La empecé a frecuentar primero como alumna y luego como amiga, aunque era difícil mantener con ella una amistad. El idioma era una barrera pero no la única; se parapetaba en su reserva y era desconfiada; tal vez la volvieron así sus desdichadas incursiones como profesora en un colegio secundario del pueblo, donde algunos adolescentes crueles la perseguían con burlas y desplantas: encontraban ridículos sus trajes y sombreros, incomprendible su fluido francés.

El francés fue el nexo entre ella y yo. Tomé clases particulares para ahondar un poco más en la lengua que conocía hasta entonces, superficialmente. Ella la había estudiado en la Sorbona, en los tiempos que evocaba sin orden, al

hablarme simultáneamente de su condiscípulo Sartre o de la famosa Mistinguette.

• No quería que la llamen por su nombre de pila, así que pasaron varios años antes de enterarme que se llamaba Nadia; para todos en el pueblo y también para mí era Mme. Samárov. Jamás dijo su edad; le calculaba yo unos sesenta y tantos, debieron haber sido pues en su nota necrológica leo hoy 92 y hace, efectivamente, más de veinte años que la conozco.

Sí, acabo de leer que murió. No lo supe en el momento, por eso no fui a despedirla pero sé que tengo que escribir esta historia inconexa, que no será la suya auténtica sino el resultado de la óptica confusa conque yo la miré todo este tiempo.

Mi primera sorpresa fue saber que era rusa y no francesa. "Rusa blanca", me dijo una vez, sin mayores detalles. Si me hubiera contado sus vivencias en castellano, otra hubiera sido mi concepción de su vida, pero lo hacía en francés, en arduos diálogos, casi monólogos, donde mi cerebro se desdoblaba: por un lado interesada en la anécdota y por el otro captando nuevos vocablos y matices de una lengua que pretendía aprender. Lo que no se me escapaba era la fuerza de su personalidad, casi masculina por la suficiencia, a pesar de su aspecto exterior menudo y agraciado: era muy baja, de piel cetrina y ojos extrañamente claros, de mirar turbado por incipientes cataratas.

Administraba el Asilo de Ancianos "Ntra. Sra. de la Paz". Había llegado hasta allí cuando quedó viuda por segunda vez y no tenía a nadie en el país, de manera que cuando tuvo que dejar el pequeño hospital de campaña donde vivía con su marido médico, un hacendado del lugar la re-

comendó para ese cargo: administradora, era un decir; con el tiempo fue una asilada más y su mundo se redujo a las cuatro paredes de su cuarto.

Yo palpé su soledad con una mezcla de impotencia y admiración. A medida que la fui conociendo crecían mi interés y mi respeto, pero siempre quedaba entre las dos ese acercamiento incompleto, su autodefensa o tal vez su orgullo europeo. Despreciaba a los otros asilados, aunque nunca lo confesara (antes bien, solía administrarles algunas medicinas o primeros auxilios). Realmente, qué podían tener en común esos pobres viejos desvalidos con su cultura superior, sus dramáticas vivencias pasadas?... No la entendían ni ella los comprendía. Al principio hablaba en ruso con un "paisano" del marido que oficiaba de jardinero en el asilo pero murió al poco tiempo. Este hombre y una perrita sin patas delanteras que reposaba a los pies de su cama era su única "familia" cuando vino.

Más tarde supe otras cosas. Fue cuando empezó mi carrera literaria y ella se enfervorizó de manera que me conmovía. Mandaba publicar en los bisemanarios del pueblo sus críticas elogiosas sobre mis cuentos con notas escritas en un castellano deficiente y conceptos exagerados. Siempre creí que lo hacía porque ya empezaba a tenerme cierto afecto; sólo más tarde, mucho más tarde supe que fue una escritora de nota en su país de origen y un día llegó a mostrarme unos libros de su autoría, polvorientos volúmenes de muchísimas páginas escritos en ruso, que sacó de una valija antigua. Recuerdo que ese día volví a casa desmoralizada como cuando a uno le muestran algo inalcanzable o totalmente inútil, nunca podría leer su obra; tal vez su juventud entera estaba en ella, los fragmentos del rompecabezas que me faltaban, lo mejor de su intelecto, todo allí, desperdicia-

do en esos papeles amarillos inaccesibles, de letras que parecían retorcidas, en palabras odiosas por lo ininteligibles.

Otro día (recuerdo que esto fue en el jardín del asilo, un atardecer templado, junto a los arbustos de "corona de novia", única alegría de la primavera para los que deambulaban como sombras a nuestro alrededor), me contó de sus conciertos de piano, otra faceta que me vine a enterar de casualidad, como al pasar, como me enteré muchas otras en su cuarto atestado de baúles, de muebles ordinarios, de utensilios caseros, de papeles viejos, me enteré, digo, de sus cursos de cocina en Buenos Aires con Petrona Gandulfo, o de su práctica de la apicultura con la consecuente e interesante explicación de la vida de las abejas.

Eran entrevistas que me dejaban invariablemente, como saldo, una nueva sorpresa. Poco a poco, fuimos entrando en terrenos más íntimos: el Dr. Samárov había sido su segundo compañero pero hablaba poco de él, salvo cuando me contó cómo había muerto (esa noche me convidó con auténtico vodka, vestigio de otra época, como para darse ánimo): Él había ido solo a Buenos Aires para hacer unas compras y ella se quedó en M... Unos golpes en la puerta a hora avanzada, un telegrama y la noticia: la llamaban para que identifique en la morgue los restos de... (y aquí la filiación correcta). Estaba parado en la esquina de Gath y Chávez -supo después- cuando le sobrevino un síncope cardíaco. Ella tuvo que viajar sola, kilómetros y kilómetros para cumplir ese macabro encuentro; me contó que sus oídos registraron para siempre el golpe seco del bastón del empleado renego de la morgue que la precedía por un interminable pasillo hasta el lugar donde guardaban cuerpos fríos en nichos numerados. Uno de ellos era el de su esposo.

Ya dije que sin orden cronológico me iba enterando de su azarosa existencia. La guerra mundial la sorprendió en Francia donde estaba casada con un profesor de física universitario, su primer esposo, parece que ése fue su gran amor. Abandonaron repentinamente su hogar dejando atrás todas sus pertenencias y se fueron de su casa como quien sale a comprar el diario, pero salieron del continente para siempre con sólo lo puesto y el terror acechándolos. Se radicaron unos años en Buenos Aires. Su única hermana, sus sobrinos... allá quedaron, alguien le dio noticias de que estaban en un campo de concentración, no volvió a verlos.

Yo le servía de correo, comprendí que por eso fue aferrándose a mí cada vez más, era su intermediaria con el medio exterior; cuando ya no pudo salir del asilo le despachaba religiosamente sus cartas a los lugares donde tenía amigos: París, Moscú, Nueva York. Recibía periódicos y misivas de esos países que devoraba literalmente y cada vez con más dificultad cuando las cataratas empezaron a avanzar, hasta el punto de leerlos con lupa o acercarlos lastimosamente a escasos centímetros del rostro. Era tenaz para todo, con un conmovedor esfuerzo por no ceder a la decadencia y a ese destino ingrato que invariablemente la acechaba, un destino sin perspectiva, una existencia larga y sin afectos. La miseria material la iba acosando de a poco, como quien está segura de su presa. Se despojó de todo y con el tiempo, el chato ambiente que la rodeaba la absorbió hasta el punto de que no me hablaba más de Valery ni de Verlaine, sino de sus vulgares rencillas domésticas con la cocinera o del trato desconsiderado que según ella recibía, producto tal vez de su imaginación trastornada por una esclerosis avanzada.

Yo la mimaba un poco, le llevaba a menudo un pollo, una botella de vino, chocolate. Llegó a decirme que no tenía a nadie más que a mí en el mundo, eso me apabullaba, otro día me nombró "heredera de su alma". Era en la época en que le costaba ya levantarse (tenía osteoporosis, artritis, algo a la médula) y había inventado un sistema de correas para izarse a sí misma en la cama.

Comenzó a absorberme llamándome a cualquier hora por teléfono, a confidenciarme sus rencillas con la cocinera, a participarme de las vulgaridades diarias, con una mezcla de odio y rebeldía. ¡Cuánto debió costarle envejecer en medio de esos extraños que no eran sus pares, que a veces le hablaban hasta en guaraní afrentoso para vengarse de alguna orden o de una extravagancia!

Veinte años de mi vida le dediqué a Mme. Samárov con una mezcla de estima y de sentimiento del deber; me sentía responsable de ella y sin embargo, oh paradoja, cuando ya no pudo conocerme y comenzó su larga agonía de uno o dos años, dejé de ir al asilo, era como si una extraña hubiera ocupado su lugar.

Me fui a vivir a otra ciudad y hoy al regresar, me enteré de su muerte. Le debía esta historia, este recuerdo, este homenaje a esta mujer extraordinaria, una valiente solitaria, desarraigada de su medio, contrariada a su naturaleza, prisionera de su infortunio.

Me sigue agobiando su amistad, estoy segura de que sólo me tiene a mí para rezar por ella.

El maníaco

Podía ver las palomas por un ángulo del ventanal que la pesada cortina no alcanzaba a cubrir. Las palomas, mis amigas de la plaza, a las que el día anterior alimentáramos con mi hijo como tantas otras tardes en que juntos volvíamos a casa excitados y ligeros, casi confundidos el uno con el otro, riendo fuerte, libres.

La visión familiar de los pájaros grises prestaba sin duda a mi rostro un resto de valor o quién sabe qué anhelante y obscura esperanza. Él reparó en ello y cruelmente, corrió la cortina, sumiéndome de golpe en una intimidad de horror.

Él. Me resistía a enfrentarlo pero no quedaba otra alternativa a mi limitado campo visual y tuve que volver lentamente los ojos hasta mirar a ese ser que estaba en mi vida desde hacía... ¿cuánto? ¿Tres horas, ya? (bien podrían haber sido tres lustros o tres siglos... El tiempo se había detenido).

Satánico -pensé-. Arrellanado en el sofá, con el cuerpo echado hacia atrás y balanceando una pierna con metódica oscilación, emanaba de su gesto la suficiencia del que se sabe dueño de la situación. Nada hubiera denotado su insania si no fuera aquel destello siniestro de los ojos demasiado brillantes, exóticos, alucinados.

Desvié la mirada porque vislumbré en mi interior que me era imprescindible evitar ser presa del pánico; busqué con desesperación en mi mente un resquicio salvador que me distrajera de aquella pesadilla. La imagen de Adrián, mi hijo, mi pequeño. Sin duda el pensamiento me reconfortaba pero me llamaba también a la realidad. Adrián y su padre estarían viajando ya por el aire, tal vez en ese avión que zumbaba en este momento por sobre nuestras cabezas desafiando el silencio aterrador del recinto.

Mi verdugo no se movía. No hablaba. Se limitaba al vaivén de su pierna y al tamborilear incesante de sus dedos sobre la felpa del sillón, dedos larguísimos, pálidos, curiosamente aplanados en los extremos. Me observaba de una manera piadosa, con una suerte de reverencia irónica, como ante el condenado sin remedio.

Comencé otra vez mi juego de evasión. Pensar en cosas, en cosas de mi vida que me sustrajeran. Yo libre, yo en la Universidad con mis alumnos, yo haciendo compras con Adrián o en las carreras esperando a Germán, yo con los dos recogiendo algas en la playa. Yo. Y no esta extraña mujer inmóvil, con los brazos sujetos a la espalda, paralizada por cuerdas y terror, atada como un mártir romano al prisma inocente de un reloj de pie, convertido en cepo de lenta tortura.

¿En qué momento se había introducido en mi casa este ser increíble que gozaba manifiestamente al ver mi extenuación, que seguía con sorna mis intentos de vencer el miedo, mis esfuerzos de no ceder a la desbordante angustia que me poseía?

Yo sabía que su inacción era calculada y que el prolongarla contribuía a acrecentar el placer de su sadismo, pero

sabía también que su mente enferma estaba sin duda tramando el nuevo paso, quién sabe qué refinada y escogida novedad para satisfacer su instinto.

Un tic asomó de golpe en su ojo izquierdo. Se levantó nervioso y ese movimiento brusco me sobrecogió con un pavor sordo y creciente, ante la inminencia de su decisión. ¿Me mataría? Por primera vez la idea cobró toda la magnitud de su significado, pero no logró en su esencia, aumentar mi terror. Lo peor provenía de pensar el modo en que lo haría.

Por un momento él desapareció de mi vista; las sombras iban agazapándose a mi alrededor como para servir de mudos testigos a la escena irreal que me tocaba protagonizar. Todos mis sentidos se habían concentrado en uno solo: oír... pero era imposible penetrar el silencio. ¿Y si se hubiera ido?... Una loca esperanza me nació en el pecho pero se apagó tan pronto como la cerilla que chasqueó y rasgó la oscuridad de la habitación contigua. Estaba en el dormitorio de Adrián, deslizándose como un felino, buscando... ¿qué?

Cuando reapareció, traía en su boca fantasmal una sonrisa infantil; en las manos, entre los dedos finos, siempre en movimiento, tenía el objeto de su búsqueda; reconocí el juguete que yo mismo le regalara a mi hijo para la Navidad pasada: "Águila Roja", rezaba la caja. En el interior, un arco y flechas aparentemente inofensivos, habían hecho las delicias de Adrián y aún de Germán, cuando juntos rivalizaban en puntería disparando a un gran blanco de cartulina roja y negros círculos concéntricos.

Cuando observé que la sonrisa del maníaco se hacía más ancha, cuando colocó una de las flechas en el arco con

ademán regocijado y me miró con fijeza, comprendí que el "Águila Roja" se había convertido en un juguete peligroso. La absurda evocación del número de circo que en mi niñez me llenara de miedo y de asombro, me hizo sentir ridícula y aún más indefensa; el infalible "tirador de puñales" de mis recuerdos era suplantado ahora por este insano que iba a hacer de mi, el blanco de su locura.

La primera flecha rozó mi hombro izquierdo y fue a incrustarse en la madera del reloj con un chasquido; por el rabillo del ojo vi que el impacto hizo bailar el otro extremo durante unos segundos; luego una risa escalofriante irrumpió en el silencio y se desbordó como un torrente hasta terminar en un jadeo caprichoso.

Traté de dominarme; la razón me decía que, aún cuando una de las flechas me hiriera, no podría causarme una lesión seria. Pero el terror era más poderoso que el razonamiento; los preparativos para el segundo disparo llevaron mis nervios al paroxismo; increíblemente no podía gritar; tenía paralizados los miembros, la voz y todo movimiento. Sólo atiné a cerrar los ojos para evitar que el proyectil diera en ellos, y esperé.

Una andanada de saetas se sucedió en instantes angustiosos, cada una rubricada por la risa infame. Yo ya no podía razonar, sólo sentir el temor expectante del nuevo ataque, el punzante pinchazo de algunas más certeras o la carajada enferma que lo trastornaba todo, alterando la noción del tiempo y del espacio, reduciéndolos a una interminable pesadilla.

Súbitamente el timbre de la puerta comenzó a sonar.

Si mi sorpresa fue grande, cuál habrá sido su estupor, su desconcierto. El timbre sonaba con insistencia, sin interrupción.

De pronto sentí que él comenzó a correr por el departamento como una fiera acosada buscando una salida. Trepó al alféizar de la ventana con un movimiento tan rápido como los flechazos con que me martirizara y lo último que vi de él fueron sus largos brazos abriéndose contra el cielo plomizo.

Me desmayé cuando el timbre impulsado por el hasta hoy ignorado visitante dejó de sonar y en su lugar, un alarido resonó en mis oídos, infernal, desgarrador y cada vez más lejano, cada vez más lejano...

En el decimosexto piso reinó la oscuridad.

La autopista del norte

Me apasionaba la obra, esa autopista del norte que iba creciendo hacia el horizonte, rotunda y perfecta en su avance real y para mí también simbólico, pues era la materialización del progreso y del impulso hacia adelante, además de mi primer triunfo: con ella me estrenaba como ingeniero. Partía diariamente en el automóvil de la empresa que me recogía muy temprano, y no regresaba hasta el anochecer, absorbido por un entusiasmo nuevo que era casi fervor. La cinta pétreo se iba extendiendo lentamente, comunicándonos la firmeza de lo duradero, abriendo ante nosotros camino hacia lo infinito. Pero en ese espacio abierto un obstáculo se levantaba a lo lejos, agrandándose a medida que nos acercábamos: "el rancho de las viejas", lo llamaban en la empresa y todos lo nombrábamos como algo remoto a lo que tarde o temprano arribaríamos, el escollo molesto al que inevitablemente habría que vencer, pero que nuestras mentes soslayaban mientras no se hiciera inminente.

Hasta que llegó el momento y yo fui el designado para afrontarlo; me adelanté hacia él una tarde, en una tregua que le impusimos al trabajo. Sus moradoras eran tal como las había imaginado, dos viejecitas patéticas que parecían hermanas aunque eran madre e hija. Conocía sus nombres porque en reuniones de la empresa los había visto escritos y subrayados en un documento: Acta de expropiación contra

Leonor y Ángela Paredes. Lo que no decía ese documento era el terror que invadió sus rostros cuando me vieron en el vano de la puerta personificando la amenaza que se cernía sobre ellas desde que el camino nuevo irrumpiera inexorablemente en sus míseras vidas. Y aunque yo sabía que ellas ya sabían no pude evitar un embarazo mezclado de pesar y me sentí como un verdugo, cuando les informé que debían abandonar la vivienda en menos de quince días. El Gobierno las indemnizaría y bla, bla, bla...

De nada valían las explicaciones, que a mis propios oídos sonaban huecas, faltas de peso; a la primera mirada me di cuenta que Leonor y Ángela estaban heridas de muerte. Me lo dijeron sus poses estáticas, una con las manos crispadas sobre la carpeta de crochet como aferrándose a la sordida mesa, y la otra posándolas igualmente crispadas sobre el pecho, como sofocando el dolor que, aunque hondo, pugnaba por escapar.

Me hicieron sentar con un gesto de dignidad y yo me quedé ante ellas, juez que trata de paliar inútilmente la implacable sentencia:

-Se les construirá una casa más sólida, en un barrio nuevo. Esta ya se está viniendo abajo, además, deben pensar Uds. que se la sacrifica por una obra que llenará de orgullo a la provincia: una autopista como ésta es lo que necesita desde hace mucho tiempo, bla, bla, bla... Me sentía mal a medida que hablaba. Las veía sufrir bajo esa compostura artificial que se empeñaban en mantener y que las hacía aún más indefensas. El color de su piel era el de la tierra, empalidecido ahora con un tinte cetrino. Sin que me dijieran una sola palabra leí en una por una de sus arrugas toda la historia; una historia hecha de soledad y desamparo, de

pobreza, de sordidez y de aislamiento, pero apegada a ese pedazo de tierra que hoy le quitábamos, donde estaban enraizadas como árboles a los que había que arrancar de cuajo sin miramientos.

Durante esos quince días, el recuerdo de las viejas me perseguía a todas partes, y a medida que íbamos avanzando en la obra, todo aquel entusiasmo del comienzo fue lúgubremente empañándose con un remordimiento que me carcomía por dentro. ¿Escrúpulos? ¿Piedad?... Lo analizaba a menudo y me decía que era tan infundado como sensiblero, sin embargo estaba allí, materializado en el rancho que nos cortaba el camino y en el que no veíamos señales de sus moradoras aunque su presencia tácita, su miedo al acecho, parecía sentirse tangible en el ambiente. Me decía que era cruel someterlas al acto judicial que las sacaría de su casa como delincuentes; a estas mujeres sufridas que sólo habían cometido el delito de aceptar vivir una existencia de árboles.

Cuando faltaban dos días para que expirase el plazo, fui nuevamente a verlas. Recuerdo aquella segunda entrevista con más nitidez que la primera y aún cuando han pasado años y he recorrido el mundo, no he podido olvidarla, porque en ella quedó algo mío perdido para siempre.

Sólo me recibió la hija: Ángela. Doña Leonor no estaba bien. De todas maneras, era poco lo que había por decirme. No se irían. No tenían adonde. Era así de simple. Nuevamente la mano aferrada a la carpeta raída, como buscando apoyo; y yo agotando mis argumentos que se estrellaban contra una doble impotencia: la suya contra el infortunio, la mía contra esta situación exasperante y contra mi propio acíbar.

La llamé a la sensatez, la exhorté al acatamiento de los hechos. Sólo logré que se hundiera más y más en su silencio humilde, en su hosca obstinación, que la iban cerrando como una ostra.

De pronto unos gemidos sofocados provenientes de la pieza contigua me develaron claramente lo que Ángela estaba tratando de ocultarme y ya no era posible; sus ojos extraviados se volvieron hacia atrás, presos de angustia. Me precipité hacia donde Doña Leonor sufría estertores de agonía. Ángela, vencida toda reserva, argumentaba entre hipos y sollozos:

-No podíamos ir al hospital... teníamos que guardar la casa... salvar nuestro ranchito... no podíamos abandonarlo... dejárselo a Uds... había que aguantar, hasta el final...

Y el final fue rápido y drástico como todos los desalojos. Ángela y Leonor Paredes fueron trasladadas en una ambulancia a la ciudad esa misma tarde. Mi cobardía me impidió preguntar por ellas como me impidió asistir a la demolición del rancho, el obstáculo en la ruta del norte. Pero el destino quiso que al volver de uno de mis viajes, al continuar la obra, me enterara de aquel desenlace que había eludido conocer: Ni Leonor ni Ángela sobrevivieron al despojo, como no sobreviven los vegetales transplantados a un medio ambiente inhóspito y ajeno. Tras la muerte de la madre, la hija había sucumbido al poco tiempo en un asilo de caridad.

Ambas fueron las víctimas de la autopista del norte, pero no las únicas: yo fui la otra.

Del más allá

La casa era, de suyo, sobrecogedora. El hecho de que nos reuniéramos allí para intentar un fenómeno telepático ultraterreno, acentuaba aún más la lobreguez del lugar.

Alarcón nos había convocado; él era el entusiasta organizador de esta insólita reunión a la que sólo concurrirían algunos escritores de nota con el único objeto de lograr un atisbo del más allá, un atrevido llamado al mundo desconocido de los que "ya saben el destino del hombre".

Había elegido para el evento su casa-quinta de Núñez, construida entre imponentes cipreses que, rotundos como agujas gigantes, hacíanle marco oscuro a la casa, presándole un toque de irrealidad. Todo el conjunto era intranquilizador... ¿O tal vez mi ánimo aprensivo lo teñía de ese tinte?...

Recuerdo que fui el segundo en llegar; me había precedido Vergara Pini que ya se encontraba en el comedor de la mansión, enfrascado con el dueño de casa en un caluroso diálogo. Yo no me sentía predispuesto a hablar; arrinconado en un ángulo y mientras consumía lentamente un habano, me dediqué a observar.

Uno a uno fueron llegando los demás invitados; Salvatierra y Linares entraron casi al unísono; nos miramos con intensidad, como escudriñando uno en el rostro de los otros, el motivo real que allí nos congregaba: ¿curiosidad?,

¿creencia?, ¿diversión?.. o tal vez un deseo auténtico de SABER.

La llegada de Berger, al que considerábamos nuestro maestro, nos impresionó a todos; venía como a rubricar la velada.

Alarcón nos señaló con un gesto la gran mesa de caoba y nos acomodamos casi religiosamente en torno. Éramos seis.

Sobre la madera lustrada brillaba una copa pequeña; junto a ella, un montoncito de cuadrados de papel atrajo mi atención. No pude evitar un movimiento de sorpresa y luego una sonrisa incrédula, cuando nuestro anfitrión comenzó a distribuir en círculo los trozos blancos en los que resaltaban negras letras, todas las letras del abecedario. Comenzamos a mirarnos entre risueños e indignados. ¿Todo se reduciría a este juego de niños?... Pero Alarcón se mantenía ajeno a nuestra perplejidad y burla, parecía concentrarse en quién sabe qué recónditos pensamientos. El silencio comenzó a hacer sentir su peso hasta que se produjo ese momento de clímax en que la expectativa llegó al tope.

Fue entonces, cuando con voz pausada, nos explicó que todos debíamos participar colocando el índice sobre el pie de la copa invertida, presionando sobre él, levemente; si el espíritu invocado acudía, la copa se movería a su influjo señalando las letras que aquél dictara.

Unos reímos, otros protestaron. Parecía infantil. Berger, sin embargo, para sorpresa de todos, extendió la mano hasta tocar la copa y nosotros lo imitamos casi sin darnos cuenta. El afán de penetrar lo desconocido había superado todas nuestras reservas. Berger dijo:

-Quisiera hablar con el espíritu de Poe.

Estuvimos tácitamente de acuerdo ya que nos pareció adecuado y natural el deseo de comunicarnos con un escritor y no dudábamos que la personalidad de Poe, el maestro del misterio, colmaría todos nuestros interrogantes.

Salvatierra rompió la seriedad del momento al aventurar:

-¿Se expresará en inglés?

No pudimos evitar la sonrisa, la frase ingeniosa o el pequeño alarde ironía. El hechizo estaba roto. Retiramos las manos con gesto fastidiado y comenzamos la inevitable polémica sobre la telepatía, la reencarnación, el ateísmo, el materialismo y todo cuanto se nos vino a la mente de intelectual y erudito. Pero al cabo de media hora de exponer puntos de vista sobre la metafísica y la metapsíquica nos encontramos con el índice sobre la copa y Alarcón invocó el espíritu de Poe.

Nuevamente el silencio, nuevamente la tensión de la espera. De pronto, la copa comenzó a moverse; se movía, sí, con movimientos circulares. Nuestros ojos iban del cristal a los ojos de los demás, nos mirábamos desconfiados, tratando de adivinar el presunto fraude de los otros, de descubrir quién engañaba al resto.

¿Quién movía la copa?

El cristal hacía un ruido parecido a un silbido, era un sonido áspero y agudo. Nuestros brazos se dirigieron hacia un punto, luego, hacia uno opuesto; increíblemente y sin proponérselo íbamos deletreando en voz alta, entrecortada, vacilante:

-Le-e...

Se movía con dificultad, rondando nada más que esas dos letras, de manera indecisa. Pero... ¿se movía realmente?

-Dinos, dinos- urgía Alarcón. Después, por fin, algo coherente.

-L-e-ó-n, repetimos al unísono, con claridad.

Nos miramos extrañados, legos en el mecanismo del extraño soliloquio de ese ser real, irreal o producto mental de nuestros seis cerebros afiebrados, ávidos, sobreposeídos.

-¿Te llamas León?- inquirió Vergara Pini con súbita inspiración; con rapidez y seguridad la increíble cepita marcó un inequívoco:

-Sí.

A borbotones nos vinieron las preguntas:

-¿León XIII?- aventuró Linares.

-¿Fray Luis de León?- acoté yo.

Esa fuerza desconocida que guiaba nuestras manos, esa cosa cualquiera que fuera, siguió contestando cada vez con mayor soltura, con autoridad, sin titubeos. Ya no desconfiábamos, nos limitábamos a seguir maravillados el deslizarse incesante que ya no era circular sino recto y que nos iba llevando a la frase entera, rotunda, reveladora:

-León Nicolaievitch Tolstoi.

Mudos y desconcertados al principio ante la insólita presentación, le lanzamos luego una andanada de preguntas desordenadas; todos queríamos saber, indagar el origen del

fenómeno, recabar informes del más allá, detalles, más detalles. ¿Por qué no respondía Edgar Alan Poe? ¿Por qué acudía en su lugar el espíritu del venerable ruso sin que se lo invocara y ni siquiera se le recordara en esas circunstancias?... ¡Tolstoi! ¡El gran Tolstoi! Esto, además de increíble, era apasionante.

Yo no quería mirar el rostro a los demás para no romper el encantamiento, pero no necesitaba verlos para adivinar sus semblantes excitados, tensos, absortos en la contemplación de las letras de cartulina que nos traían el mensaje más inaudito: el de un hombre desaparecido sesenta años atrás, el mensaje del espíritu del hombre que fuera el novelista y moralista más famoso de su tiempo, el mensaje de ultratumba de León Tolstoi.

-Vine a vosotros porque aguardaba desde hace tiempo esta oportunidad de comunicarme con el mundo que dejé.

-¿Dónde se encuentra Ud?- preguntó Alarcón.

Sin pausa pudimos leer:

-En el lugar donde se ve el exacto valor de las cosas.

-Explíquenos -rogó impaciente Vergara- ¿Qué sentido tiene eso?

-En la tierra os afanáis por lo que perece. Aquí nos esforzamos por recobrar lo que no muere.

-¿Puede Ud. ver el futuro de los humanos?- quiso saber Linares.

-El futuro pertenece Al que sabe. Yo sólo puedo vislumbrar la autodestrucción del hombre mientras claudique al PODER y al DINERO.

-¿Ve a Dios? - preguntó en un susurro Berger.

-Labios humanos no pueden describirlo. Lo veo. Me colma.

Salvaterra, que hasta el momento había permanecido silencioso, habló entonces con su voz grave y pausada:

-Nosotros escribimos. Nos debatimos entre ideas y frases, nos esforzamos en crear tramas complicadas y originales. ¿Cree Ud. que logramos comunicar algo valioso, de acuerdo a esa escala de valores que mencionara anteriormente?

Todos aguzamos los sentidos; la copa escribió:

-El escritor es el único que posee un arma de la dimensión de la bomba H. Esgrimidla; es el PREGÓN DE LA PAZ.

Estas tres letras fueron las últimas que leímos. La copa quedó en la Z sin que la fuerza que antes la impulsara se hiciera sentir, a pesar de que nuestros dedos continuaban apoyados en su base.

¿Había concluido el mensaje? Una y otra vez invocamos en voz alta a Tolstoi sin que nada sucediera. Había flotando una sensación de ausencia como cuando realmente alguien deja de estar en un recinto.

La reunión moría. Apagada la llama de la excitación, todos volvíamos a sumirnos en nuestras reservas, todos regresábamos a la posición inteligente de la duda, a la pose mundana de la incredulidad.

Tras despedirnos de Alarcón, salimos en pequeños grupos, sin hablar, fumando, todavía impresionados pero sin demostrarlo, sin echar una mirada a los negros cipreses, pe-

ro sintiéndolos como vigilantes en acecho, impertérritos testigos de lo que allí, en la casa, se tratara.

La alucinada

Gregoria está sola, el pliego de la carta junto a su mano desmayada. El candil vacilante descubre la lividez de sus pómulos y la mirada extraviada se pierde en los cortinados carmesí: la noticia se ha abatido sobre ella con la misma sensación de que una losa le pesara hasta ahogarla. José se marcha. Repítese a sí misma la frase para acostumbrarse a esa nueva idea que la desgarrar, a esa despedida definitiva del hijo que ya no volverá a ver. José se marcha.

La infausta carta ha llegado por la mañana, desde Cádiz, y en el blanco papel se apretuja la letra nerviosa, portadora de la nueva cruel: -Mi tierra me reclama, madre, siento bullir en mí una fuerza ciega que me impulsa a partir...

Cuántas veces lo despidió ella misma sabiendo que iba a la guerra donde el azar decidiría si la vida o la muerte!... Sin embargo, nunca había tenido como ahora la agorera certeza de lo definitivo.

Desgranando su rosario lo siguió con la imaginación por Melilla, por Oran, por Aragón... Vivió junto a él la impotencia de la rendición a bordo de la Dorotea y se afigió al saberlo herido en Portugal. Supo de los difíciles días de la vuelta de Cádiz y se enorgulleció al conocer las proezas del hijo en Arjonilla y en Bailen...

Toda una foja la de José! Y ahora se va...

Negrea la redondilla abriéndose en confidencias: ...-No fue fácil decidirlo, me debatí noches enteras pero es más fuerte que yo esta nostalgia de la patria, cuyo recuerdo asocio al tuyo en mi infancia lejana. El ideal de su libertad es fuego que me quema, madre, nada ni nadie podrá impedir que ponga mi brazo aún fuerte a su servicio.

Su decisión no la toma de sorpresa: él mismo le ha contado que hace unos años se introdujo en un mundo de sesiones secretas, donde hombres de lugares distantes, desde México al Plata, hermanados por su común condición de americanos, se juramentaron por la libertad de sus países.

Pero no por presentida la noticia deja de ser desgarradora; la inminencia de la separación lacérale las entrañas sin darle sosiego. No acepta la idea de no verlo más; su lucidez no la engaña, sabe que a ella se le va la vida, que son pocos, muy pocos los años que le restan... y no se resigna.

Quiere abrazarlo una vez más...

Se impone una tregua al dolor y pasea los ojos por los retratos familiares, las miniaturas descoloridas donde reencontra las facciones del marido, de los hijos... su Juan, Ruffino, Manolo, María Elena, José Francisco... Este José Francisco que hoy le escribe diciéndole que vuelve a las Indias.

Gregoria recuesta la cabeza cana sobre el espaldar de roble y pásase una mano temblorosa sobre las sienas febriles... parecele que un mosaico viviente de colores difusos invádele de recuerdos y le devuelve la imagen de las Indias tan queridas, de su juventud, de sus inéditos amores... Se ve moza ilusionada, casada por poder, rumbo al encuentro

del esposo y de las tierras feraces, desconocidas, donde fructificarán sus entrañas. Ve aquel dulce rincón de la selva donde acunara junto al río, al hijo que hoy se marcha, y parecele que de golpe la estancia se ha llenado de presencias y de sonidos entremezclados de voces indígenas y ruidos de frondas. Ha pasado mucho tiempo desde entonces y sin embargo, el recuerdo la atrae aún, poderoso como un imán.

José dice en la carta que no vendrá a despedirse: Orense está lejos de Cádiz y ya está fijado su itinerario: embarcará en una nave inglesa rumbo a Lisboa y de allí pasará a Londres. En la etapa final Gregoria no quiere pensar porque el océano pondrá su inmensidad entre los dos.

Desvaría la anciana en su dolor pidiendo un hecho sobrenatural que le devuelva al hijo unos instantes para darle junto a su pecho el adiós definitivo. Y se impone la vigilia tensa, tozudamente, desdeñando la lógica de la carta fatídica.

Ya las sombras invaden el cuarto; el frío de un otoño prematuro se cuela por las hendiduras de las puertas. Gregoria aguarda un milagro. No sabe cómo ni de dónde surgirá el portento pero está segura de que hoy verá a José por última vez, y aguarda.

Sus dedos trémulos van desgranando las cuentas de aquel mismo rosario que conoció otros ruegos y parecida angustia, y sigue velando hasta que se confunde su mente y ya no puede razonar, sólo albergar la idea, el deseo que se agiganta, la domina, se materializa, y entonces oye que se aproximan los pasos anhelados y se abre la puerta y esa penetrante mirada del hijo, tan suya, tan incomparable, parece taladrarla.

Hay en los ojos de ambos idénticas lágrimas y el mismo sollozo contenido en la garganta, al estrecharse.

Ella alcanza a decir: Ve con Dios, hijo. Y él se va sin palabras.

.....
Hacía frío en Orense en aquel prematuro otoño de 1811. ¡Ay, Gregoria alucinada que extendiste tus brazos al vacío y sólo aprisionaste sombras!

Un par de alas

Era inofensivo y les inspiraba lástima, o ternura o afán de protección. Por eso le permitían estarse en un rincón mientras ellos deliberaban, reían, tramaban aventuras o intercambiaban confidencias: los ojos absortos, agrandados a fuerza de asombro, abiertos desmesuradamente como tratando de abarcar con ellos lo que el cerebro les negaba. Todo ese mundo adolescente -alegría, maravilla, ilusión- en el que no tenía cabida, del que estaba irremisiblemente marginado, aunque pretendiera compartirlo desde su oscuro rincón privilegiado.

Cuando niños habían inquirido: -Mamá, ¿por qué Lenchi es así?- Y la madre había respondido: -Tuvo meningitis a poco de nacer. La palabra desconocida se les quedó prendida, asociada a ese muchachito frágil que los seguía como un falderillo, que apenas hablaba, que trataba de imitar juegos con lastimosas parodias: Lenchi, el hijo de la fiel Teresa.

Crecieron juntos, pero Lenchi sólo físicamente. Su mente se había rezagado en una oscura región, de la que sólo él conocía el acceso. Y allí estaba detenido por siempre, silencioso, observando todo a su alrededor con ojos opacos de mirar ausente.

Ahora parecía, sin embargo, contagiado de la fiebre que poseía a sus jóvenes patrones. Por intuición presentía la magia de esas reuniones que celebraban los cinco hermanos en los fondos de la casa; la cita era en el viejo cobertizo donde el abuelo criara otrora los mejores caballos de la zona, convertido en bohardilla, laboratorio, escenario o taller, según el caso. Allí Rafa los había maravillado con sus inventos de alquimista moderno; allí nació la gacetilla que imprimían bajo la dirección de Ezequiel, el literato de la familia; se llamaba "EL CLAN" y solían distribuirla en el colegio donde gozaban al saberse llamados "los formidables hermanitos Grau". Cuando representaron pasajes de "Fausto" en una de las fiestas de graduación, Clara se había llevado las palmas consagradorias. Con estos antecedentes, el plan que tenían entre manos no podía fracasar y sí debía superar a todas sus descoltantes actuaciones: Rolando, el mayor, había concebido la idea de organizar un baile de disfraz; lo harían en los jardines de su propia casa, donde las estatuas prestarían adecuado marco fabulario: justamente Diana, Apolo, Zeus... las viejas estatuas que el abuelo hiciera traer de Italia en su mocedad, le habían inspirado el "leitmotiv": sería una fiesta en el Olimpo. Y ahora estaban en el apogeo de los preparativos: la creación de los trajes legendarios.

Ante los glaucos ojos de Lenchi se operaban transformaciones sorprendentes; la pequeña Didí, convertida en la rubia Ceres que otrora alimentara al género humano, tejía su corona de espigas mientras se lamentaba de no contar con leones reales que tiraran su carro.

Ezequiel sería Saturno, el Tiempo, el viejo Cronos griego portador de la guadaña y un reloj de arena, para indicar que el tiempo lo destruye todo y pasa insensiblemente. Ya

tenía reunidos todos los elementos, pero le faltaba aún la culebra que se muerde la cola -emblema de la prudencia- ¿Dónde conseguirla?...

Clara, siempre generosa, había decidido ayudar primero a sus hermanos y dejar para el final su creación de Palas. Para que Rolando fuera un Neptuno convincente era preciso confeccionarle una barba y un tridente adecuados, amén de una capa de seda color de mar.

-Clara, hermanita, tendrás que maquillarme. Yo seré el "feo" de la fiesta, el horroroso Plutón, señor de los infiernos, de semblante amarillento, cejjunto, mirar torvo. ¿No crees que debo pedir ayuda a nuestras primas para mi séquito de arpías? Tienen cara de vieja y para el cuerpo de buitres sólo habría que agregar un poco de imaginación.

-Cállate, Rafa, eres un loco- dijo Clara, mientras un cosquilleo en la nuca le obligó a moverse. Allí estaba Lenchi, mirándola fija y patéticamente, en plegaria muda. Todos esos días, vísperas de Carnaval, había venido acompañándolos, como siempre, desde la infancia. Pero ahora parecía que algo había roto sus reservas; un atisbo de lucidez que parecía asomarse a sus pupilas y el deseo febril que lo dominaba habló por él:

-Yo también, niña Clara, yo también.

¡Lenchi quería disfrazarse! Quería, también él, tener su cuota de maravilla. Y Clara, en un rapto de inspiración, gritó:

-Tú serás Icaro, te pondremos un par de alas y podrás adueñarte del espacio. Ya verás, Lenchi, ya verás.

La sonrisa de Lenchi, su rara sonrisa, fue el premio de Clara cuando la noche de la fiesta colocó en sus espaldas, dos rutilantes alas con lentejuelas.

Y cuando el jardín iluminado mostraba el máximo esplendor de un Olimpo siglo XX, cuando la fiesta mitológica se animaba con la risa de dioses, sátiros, ninfas y centauros, las estrellas contemplaron un extraño ser alado que corría torpemente por los techos de la casa.

Sólo los cinco hermanos comprendieron cuando, después del grito y del horrible golpe, se arremolinaron los invitados junto al cuerpecillo endeble cubierto por las lentejuelas. Y sólo Clara alcanzó a oír entre suspiros, las últimas palabras de Lenchi, trágico y grotesco Icaro abatido:

-Pude... volar... señorita Clara.

Aquellos ojos

En la penumbra del local nocturno se distinguían apenas las sombras insinuantes de una que otra pareja entrelazada. En un ángulo, el pianista desgranaba lánguidamente las notas de aquella melodía inolvidable. ¡Como si yo necesitara recordarlos! "Aquellos ojos verdes" formaban parte de mi ser, de mi locura, de mi anhelo. Yo había centrado en ellos la razón de mis actos. Recuperar, recuperar aquellos ojos verdes era el obsesivo norte de mi voluntad desde hacía un año. Y ahora este ambiente me azuzaba el latente deseo, me hostigaba, parecía provocarme, lanzarme nuevamente a la búsqueda.

Hacía un año ya que Marcia no me miraba. Un año que yo buscaba sus ojos en los rostros anónimos de mujeres borrosas, en la calle, en el subterráneo, en las playas, hasta en los cuadros de las galerías de arte. En los niños que pueblan los parques. En los hombres que contestan desafiantes a mi inquisidora mirada. Nada. Los verdes ojos de Marcia, indescriptibles, únicos, bellísimos y destinados a mirarme, sobre todo eso: destinados a mirarme, se me habían vuelto inalcanzables.

Marcia en vida fue mi mujer. La única mujer que amé y que no será en mi corazón reemplazada por nadie. La que

cuando yo besaba sus párpados diciéndole: -"Cúbrellos, tanta luz verde me hace daño"- bromeaba: -"Te los dejaré cuando me muera. Están hechos para tí, para mirarte siempre".

La tragedia ocurrió el invierno pasado cuando tuve que viajar a Europa por negocios; recorrí diversas ciudades sin un itinerario prefijado. Cuando regresé al punto de partida -Roma- me esperaban allí los fatídicos cablegramas con la noticia: "Marcia accidentada". "Marcia grave". "Marcia te llama". "Hoy murió Marcia".

No recuerdo el viaje de regreso ni el encuentro con la familia y los amigos en Ezeiza. Mis sentidos, embotados e indiferentes, sólo volvieron a alertarse después de aquella entrevista con Guido, mi cuñado, en la calma expectante de la vetusta biblioteca, donde nos encerramos para hablar de los últimos momentos de Marcia, de su lucidez a pesar del dolor, de su increíble petición:

-Prepárate para una impresión fuerte -me dijo Guido- antes de revelarme aquello que me despertó de golpe y primero me llenó de horror y luego de una monstruosa alegría.

-Marcia donó sus ojos, Marco.

Guido siguió detallando la incomprensible decisión agónica y la resistencia de la familia vencida por una voluntad que la proximidad de la muerte tornaba inflexible.

-No sabemos qué motivó su capricho. ¿Caridad? ¿Vanidad?- Guido acompañó su perplejidad con ademanes desesperanzados. Nunca lo sabría. Pero yo sí, yo sí sabía que Marcia había cumplido su promesa, su risueña promesa de mirarme siempre. ¿Dónde? ¿Dónde encontrar sus ojos?

Guido no había querido enterarse del destino de la donación. Mis suegros, anonadados, sólo pensaban en la hija perdida. Sólo yo debía indagar, proseguir, recuperar la verde luz.

Comenzó para mí la etapa de una alucinante búsqueda. A menudo, en ese tiempo, recordaba "El informe sobre ciegos" que Marcia y yo habíamos leído y comentado. Para el personaje de Sábato los no videntes son seres escalofriantes, de pesadilla. Para mí, se habían transformado en meta de mi existencia. Uno de esos seres de tinieblas poseía ahora la luz que me había sido quitada. Era preciso encontrarla. Y así pasaron meses de frustración, tiempo de inútiles persecuciones, de largas caminatas fallidas, hasta de humillaciones: Una vez creí ver los ojos de Marcia en un hombre joven, un malevo, que castigó mi requerimiento con un empujón y una palabra soez.

Me dormía recién a la madrugada, devorado por un insomnio tenaz. Durante el día, mi ansiedad agudizada como la punta de un florete, me lanzaba a la calle.

Hasta esa noche, la noche en el cabaret. La noche en que el pianista de ademanes lánguidos tocaba "Aquellos ojos verdes", y al encenderse las luces, la vi, recostada en el bar, frágil, sola, y con los ojos de Marcia en su rostro marchito y equívoco, los grandes y bellísimos ojos de Marcia frente a mí en esa cara agostada, mirándome, mirándome sin reconocermme, con indiferencia, con apatía, mirando a través de mí, resbalando sobre mí.

Dijeron que grité, que fue un grito animal, desgarrador. Dijeron que me abalancé sobre la mujer implorándole una mirada. Dijeron que la abofeteé y que lloré como un niño hasta que me llevaron. No me acuerdo de nada. Sólo de la

canción nostálgica que desgranaba aquel pianista lánguido... "Aquellos ojos verdes"... que tarareo ahora en esta habitación desconocida, curiosamente almohadillada, silenciosa, tan silenciosa...

Cuentos nuevos

La purificación

La veían pasar diariamente dejando la estela de su ingenuidad, la veían alejarse con sus trenzas rubias brillando al sol y sus piernitas flacas, de niña que no se decide a crecer. Lucía tenía una luz especial como emanada de su nombre, por eso la querían todos en ese barrio de las afueras de la pequeña ciudad, donde la vida no era fácil y a veces se hacía tan pesada.

Cuando volvía del río con los baldes, los vecinos buscaban con la mirada la sonrisa y las pecas de ese rostro que les comunicaba alegría y alivio en las tareas, como una ráfaga fresca de dulzura y candor.

También fueron testigos de su transformación cuando su silueta infantil acusó la metamorfosis gloriosa de la pubertad en que se abren a la vida misterios insospechados.

Lucía era el orgullo del barrio, era la belleza encarnada, la imagen que anulaba todas las fealdades y carencias, la promesa de algo mejor que no sabían bien qué era.

Hasta que la inesperada noticia los golpeó como un mazazo cuando vieron en la pantalla televisiva el desesperado llamamiento de los padres y la palabra "BUSCADA" bajo la pecosa carita angelical. Había desaparecido sin dejar ras-

tros, justamente en su diario camino hacia el río, que fue dragado para descartar un accidente.

El caso, uno más entre los miles parecidos, tuvo, sin embargo, mayor difusión ya que se extendió a todo el país: La niña de las trenzas de oro fue conocida en los más recónditos lugares de su dilatada geografía. Las madres de las distintas latitudes, al verla, sentían que una invisible garra les oprimía el corazón y corrían a buscar a sus hijos para apretarlos junto a él, como conjurando la amenaza de perderlos.

El caso fue el símbolo de los otros casos, como si el rostro ausente de malicia y doblez, fuera la antítesis ideal del monstruo de las violaciones, abusos, secuestros y crímenes impunes de todo el territorio.

Se movilizaron muchos poderes, de los cuales la prensa fue uno de los más potentes, pero todo fue en vano, Lucía se había evaporado como una gota de agua. Comenzaron a aparecer testigos falsos, voluntariosos nigromantes y hasta calígrafos de presuntas cartas; el gobierno ofreció una fuerte suma de dinero para quien aportara datos creíbles. Los padres y sus hermanos conmovían a la opinión pública con sus desgarradores reclamos pero todo fue inútil. Y el tiempo transcurrió fatalmente, y los años se acumularon junto al inevitable olvido porque otras innumerables víctimas sucedieron a la niña - mujer que no volvió del río.

En el burdel berlinés, como tal vez en todos los burdeles del mundo y desde siempre, la mañana empieza a mediodía. Es necesario reponer las energías derrochadas durante la noche y dar paso al sueño pesado, piadoso, que por unas horas mantiene a sus habitantes fuera de su cruda rea-

lidad. Las verdaderas actividades nocturnas de estas criaturas están disfrazadas de arte procaz, es decir de canto y de baile en un cabaret, cuyo dueño implacable se cobra los dividendos, tras la fachada mentirosa de las luces, la música incitante y la embriaguez de las copas.

Adentro de los cuerpos prostituidos están las almas, algunas acostumbradas, otras resignadas; también están las que tratan de disfrutarlo. Pero hay una distinta de todas, casi una niña. Los clientes, al principio, creen que es alemana como las otras, por sus rubios cabellos casi plateados. Los que llegan a tratarla saben que no habla una palabra de alemán y que su tristeza es su mayor atractivo, esa languidez de una madonna de Boticelli que nada parece alterar. Su nombre es Lucía, pero Hans Kleimer, que la trajo de algún lugar de Sudamérica, la hace llamar Mä'dchen en alusión a su extrema juventud.

Lucía no tiene amigas, ni siquiera ha intimado con sus compañeras de burdel. Sin embargo, su mansedumbre y desprotección, hacen que todas la protejan, inconscientemente. Saben que sufre y ese callado sufrimiento las conmueve porque su condición de prostitutas no ha anulado sus fibras maternas. Son madres de esta niña, así se sienten, y se sienten mejores por eso.

Pero a Lucía no le alcanza, ni siquiera la roza. Es demasiado brutal el contraste de su destino actual, arrancada de su vida feliz, de sus días cristalinos, de su familia, de su país.

No quiere recordar la violencia de aquél en que la secuestraron, ni los que siguieron en ese barco mercante donde la llevaron escondida junto a la carga; ni su primera vez de inocencia avasallada, pisoteada.

Los días de ahora son peores aún, porque en cada encuentro con un hombre que le imponen salvaje y repetidamente, va perdiendo de nuevo su pertinaz inocencia, su clara y argentina identidad.

Sabe que hay una forma de limpiar todas las vejaciones, una forma que le dará la paz que antes conoció.

Ha tomado una decisión y la va a cumplir hoy con la precisión de un rito. Va a salir antes que nadie se despierte y va a ir otra vez hacia el río, como en su pueblo iba en busca de agua; éste no es el mismo río, le dijeron que se llama Spree, pero sabe que sus aguas serán como las de su Paraná amado, tan purificadoras, tan piadosas, tan lustrales.

Y entra en él definitivamente, sintiendo que está intacta, que en esta inmolación vuelve a ser ella, la de siempre, la luminosa Lucía de su pueblo.

El Elixir del Amor

Era un programa malísimo y así se lo decía diariamente a su compañero de casa que trabajaba en ese canal de televisión, donde a las cuatro de la tarde, se congregaba a hombres y mujeres que buscaban su alma gemela, sometiéndolos a las más ridículas preguntas, juegos y actividades, con el incentivo de encontrar a la pareja ideal, no ya para un casamiento que durara toda la vida como alguna vez promocionara aquel famoso celestino romántico, sino para premiarlos con un prematuro y fugaz viaje de "luna de miel" al Caribe el fin de semana siguiente. Cambiaron los tiempos, indudablemente.

Su compañero Andrés se lo había recomendado desde que quedó sin trabajo y sin novia, porque veía en Raúl los síntomas de una depresión severa y estaba seriamente preocupado por él. "El elixir del amor" tenía los ingredientes para distraerlo ya que su tónica frívola movía a la risa y a la crítica constante de tanta banalidad. Consistía en enfrentar a dos chicas o mujeres maduras con cinco galanes supuestamente seleccionados para ellas; la conductora los presentaba al público y a una tribuna compuesta por mujeres dispuestas a contestar a coro por unos pesos (Andrés le había contado que respondían obedientemente a unos carteles

ocultos al espectador. Decían “aplausos”, “risas”, “protestas”, etc.)

Las candidatas eran presentadas, además, en videoclip donde relataban sin pudor su pasado sentimental y anunciaban sus expectativas amorosas. Venían de relaciones frustradas, aspiraban a encontrar a un hombre que las comprendiera, pero llegado el momento de elegir, (Raúl ya lo había detectado) preferían el menos tímido, desechaban al más serio, descartaban al romántico y al formal.

Los candidatos debían hacer de todo si pretendían llegar al final, desde bailar distintos ritmos, decir piropos, recitar canciones, mostrar los bíceps y hacer el ridículo en cada una de las exhibiciones.

Para Raúl era una cita impostergable sentarse todos los días de ese verano bochornoso frente al televisor a las 4 de la tarde. Tanta estupidez en “el elixir del amor” era un bálsamo para su herida abierta, para el dolor lacerante de su pérdida; Elena quedaba lejos, a años luz de estas mujeres decoradas para la ocasión, que no vacilaban en exponerse públicamente, que despreciaban con desparpajo los sentimientos y elegían un compañero ocasional en los pocos minutos del programa.

Cuando, finalmente, se concretaba alguna pareja tras la eliminación sucesiva de los hombres, los elegidos debían brindar con el “elixir del amor” y besarse ante los aplausos fingidamente entusiastas de la tribuna, que en ese momento estaría leyendo el cartel: “aplausos finales”.

Raúl volvía entonces a rumiar los negros pensamientos que poblaban su mente y minaban su voluntad. Hacía meses que vivía sólo para alimentar su masoquismo o su vio-

lencia; cuando ésta prevalecía, salía a la calle imaginando venganzas hacia la sociedad toda que lo había convertido en ese ser inútil. El recuerdo de Elena a veces lo enternecía y a veces contribuía a su odio. Ella no había sabido entenderlo en sus silencios ni en su ira y terminó por dejarlo no sin antes recomendarle un siquiatra. ¿Podría éste sacarlo del abismo en que a veces caía o, por el contrario, calmar sus deseos incontrolables de destruir, incluso de matar, que a veces le asaltaban? Y casi siempre era la figura de Elena la que corporizaba sus deseos.

Esa tarde se drogó, a pesar de que Andrés le había advertido que tendría que irse de su casa si reincidía. Puso el televisor y se dispuso a mirar “El elixir del amor” sin sentir el impacto que tendría al instante: desde la pantalla le sonreía una de las participantes con la sonrisa bobalicona que todas ponían durante el programa; pero ni el maquillaje exagerado del rostro ni el peinado diferente y ostentoso le hizo dudar de quién se trataba. Se echó atrás en el sillón como fulminado: Elena lo miraba sin verlo y respondía las mismas trivialidades que había escuchado de las demás, tarde tras tarde. Su ex novia relataba en ese momento que su última experiencia había sido muy desgraciada, que se trataba de un hombre muy egoísta y cruel que la atormentaba con sus celos y que, desde que perdiera el empleo se había convertido en un lastre despreciable. Con desparpajo reveló intimidades que causaron risas en la tribuna y comentarios maliciosos de la conductora. Raúl se vio a sí mismo como una caricatura, descripto cruelmente, sin piedad. Lo que aumentaba su sorpresa y su dolor era saber que Elena iba a reemplazarlo por un desconocido sólo por ir al Caribe...

Lo que decidió a continuación ni siquiera lo pensó, fue como un acto reflejo. Buscó sin titubear en la cocina el veneno para ratas y salió a la calle rumbo al canal de televisión cercano deseando fervientemente que su ex novia concretara su elección y llegara al premio final.

Para acceder al lugar del programa sólo tuvo que buscar a Andrés que se alegró de verlo, lo saludó con la mano y siguió trabajando atento a la cámara.

Llegó justo para echar el veneno en la botella del "elixir del amor" preparado por el utilero junto a las copas y también justo para presenciar el brindis mortal de su Elena con el elegido ocasional y el primero y último beso que se dieron antes de caer, ante las atónitas espectadoras que esta vez no tuvieron tiempo de leer el cartel "APLAUSOS FINALES".

¿Quién mató a Lola?

Los tres disparos revolucionaron al barrio a las cinco de la tarde como si fuera la ejecución de García Lorca. Esta inólita relación se la hizo el comisario al saber que la occisa era natural de España y se llamaba Lola.

Si bien ella era muy conocida, como todo habitante de pueblo chico, al funcionario recién llegado, su condición de forastero le jugaba en contra. Tuvo que actuar por intuición al elegir entre sus agentes quién sería más apto para ponerlo al tanto y así se enteró por el cabo Albino Suárez que Da. Lola Arigoza vivía en pleno centro de esa ciudad correntina y albergaba en su pensión a varias personas, ahora presuntas sospechosas, dado que todas se hallaban en la casa en el momento del hecho.

El escenario del crimen era una antigua casona donde, tras enviudar, Da. Lola había realizado algunas elementales reformas para poder alojar con ciertas comodidades a sus pensionistas, seleccionados con cuidado pero también librados a la suerte ya que "en estos tiempos inseguros nunca se sabe" —decía— resonando las s con su marcado acento español, como profetizando lo que fatalmente pasó.

Descubrir el arma asesina fue lo más fácil, porque pertenecía a uno de los pensionistas; era de reglamento, ya que

uno de sus propios hombres vivía allí, se enteró el comisario con desconuelo. Nunca era conveniente mezclar los tantos... ¿De qué lado estaría el Sgto. Almeida, del lado de la ley o del de enfrente?... Enseguida estuvo pronto para manifestarse inocente, alegando que alguien tomó el arma de su dormitorio mientras él estaba en el baño. Resultaba un poco ridículo hablando con su superior en camiseta, disculpándose porque no tuvo tiempo de vestirse, aunque el comisario pensó que era un golpe de efecto para ser creído.

La maestra que también vivía allí estaba muy alterada, parecía querer mucho a la muerta ya que se alborotaba los cabellos con las manos hablando para sí todo el tiempo. Se presentó como la Srta. Blanca Olivares y dijo haber estado ella también en el baño en el momento del hecho.

Antes de dudar tal coincidencia, el comisario prefirió recorrer la casa con sus subalternos y así el mismo Almeida le fue mostrando el amplio living y el escritorio que daban a la calle; luego el cuarto de la maestra junto al de la dueña de casa y el baño que ambas compartían, a continuación el comedor y la cocina donde no siempre coincidían los pensionistas para las comidas, observó Almeida, ya que tenían horarios diferentes; al fondo, su pequeño dormitorio junto a otro baño de iguales dimensiones y más atrás otra dependencia aún en construcción donde pasaban fugazmente algunas horas dos choferes de camiones para descansar un rato. En ese momento, estos hombres estaban allí azorados, aparentemente condolidos por el cruento episodio. Dijeron haberse estado lavando cuando sonaron los tiros y señalaban vagamente una gran pileta de lavar que Da. Lola les había asignado para refrescarse cuando volvían de sus viajes.

Impresionado por tanta higiene colectiva, el comisario recapituló que todos estaban dedicados a esa saludable actividad, cuando alguien, presumiblemente entrando desde los fondos como ellos mismos sugirieron, tomó la pistola del sargento y ultimó a Da. Lola en su propio dormitorio, sin darle tiempo a emitir ni siquiera un grito, porque, eso sí, coincidían todos, no se oyó nada antes de los tres fatídicos disparos.

A esta altura de la investigación comenzaron a llegar algunos vecinos que se lamentaban de la pérdida de una mujer tan íntegra, tan generosa, tan solidaria, incrédulos ante su lamentable fin. Así se fue enterando el comisario que esta señora era muy apreciada por su buen carácter, su gracejo español y sus obras de caridad. ¿Fue algún loco asesino el que penetró por los fondos? Tendría que ser también adivino, se dijo el comisario, para saber que había un arma tras una puerta cerrada.

No, no cabía tal hipótesis; el asesino conocía la casa y las circunstancias de sus habitantes, no había duda, eso explicaría también por qué no gritó la señora.

-¿Quién, además de Uds. tenía llaves de acceso a la casa?- preguntó al pequeño grupo que tenía delante. -Los nietos- contestó la maestra sin vacilar y como si los hubiera conjurado, irrumpieron en la habitación dos atribulados adolescentes que intentaron abalanzarse sobre el cadáver a pesar de la resistencia de los policías.

Según ellos se enteraron por la radio y no podían dar crédito a lo que oían. Sí, ambos tenían llave; sí, venían siempre a ver a su abuela, sí, conocían a todos los pensionistas y sabían que el sargento tenía un arma y cuál era su habitación.

Cuando el forense y demás funcionarios estaban terminando su tarea, alguien del grupo de vecinos pidió para hablar a solas con el comisario; era una mujer enclenque, apoyada en un bastón a pesar de ser joven y dijo que vivía al lado de Da. Lola y que su fondo era ladero del suyo, separado sólo por un alambrado y una enredadera lo que le permitió haber visto, unos minutos antes de oír los disparos, al Sgto. Almeida y a la maestra Olivares juntos, besándose apasionadamente bajo uno de los árboles de Da. Lola, el paloborracho, para ser más precisa. Con insidiosa mirada la mujer sugirió que la dueña de casa pudo haberlos sorprendido y recriminado o tal vez amenazado con hablar ya que el sargento era casado y estaba solo ocasionalmente por un tiempo. La mujer agregó que, tras ver esto desde su propio fondo, entró a su casa para teñirse el pelo y justo sonaron los disparos cuando se disponía a hacerlo.

Por otro amigo de Da. Lola que también era su abogado, se enteró el comisario que los nietos eran gastadores y libertinos y que cualquiera de ellos pudo ser autor del crimen porque carecían de escrúpulos. El móvil era simple y estaba a la vista: eran sus herederos.

En cuanto a los camioneros, ambos sabían que siempre había dinero en la casa y podrían haberse tentado para actuar en complicidad, aunque sus pertenencias habían sido revisadas sin encontrárseles nada.

¿Quién mató a Da. Lola? Esta pregunta se la hace el comisario a la mañana siguiente, al saberse que no hay huellas digitales en el arma por lo que el asesino debe haber usado guantes.

¿Quién mató a Lola? Esta pregunta la traslada la autora al lector ya que a esta altura del relato tiene en sus manos

los elementos para averiguarlo y por eso... les propone no avanzar en la lectura y sí responder al desafío de resolver el caso.

Don Custodio Linares hace años que es comisario, si bien es nuevo en este pueblo. Es un hombre sesudo, conector del ser humano y con natural intuición u "olfato" para resolver los enigmas criminales. Siempre aplica su criterio psicológico y ahora lo está haciendo en su despacho mientras toma mate y medita.

Tiene ante sus ojos a los personajes y los sopesa imaginariamente como si fueran piezas de ajedrez: la maestra y el policía mintieron, si es verdad lo que dice la vecina pero el hecho de estar enamorados no los acusa, a su criterio. Además vio sinceridad en el dolor de la Srta. Olivares y en eso de detectar las emociones no suele equivocarse. Su subalterno, si fuera el asesino, no se hubiera expuesto tanto al usar su propia arma y menos a borrar sus huellas... Los camioneros también se exponían mucho al actuar estando el policía en la casa. Quedan los nietos, pero ambos tienen coartadas comprobadas.

¿Qué otro personaje le había impresionado por su odio gratuito en la mirada? La vecina, la enclenque. Alguien le había dicho que estaba muy enferma pero su conducta no era la de una persona sensibilizada por la enfermedad. Había algo en su espontánea declaración que le daba vueltas en la cabeza y no podía saber qué era... Salió a dar una vuelta por el barrio para aclarar ideas y como si un hilo invisible lo guiara pasó por la peluquería de la esquina donde el cartel rezaba "unisex", pero donde (según pudo ver a través de un gran ventanal) una mujer con guantes puestos

se disponía a hermosear a otra con la magia de la tintura. La asociación era inevitable y le iluminó con la rapidez de un flash: ¡Guantes! ¡Ese era el cabo suelto!... ¡Guantes! Se necesitan guantes para teñirse el pelo...

Súbitamente inspirado, se dirigió al cercano escenario del crimen pidiendo mentalmente que no fuera tarde para encontrar lo que buscaba; cuando llegó vio con alivio que aún no había pasado el basurero por la cuadra desde el día anterior, antes de las 5 de la tarde. En la casa de al lado, una bolsita pequeña delataba que su propietaria vivía sola. La abrió, confiando, y no se equivocó: un par de guantes de goma, de éso que se usan para aplicar la tintura del cabello corroboraba que su dueña los había usado para eso, como dijo... ¿O también para algo más?...

El análisis posterior fue contundente: los guantes eran la prueba irrefutable ya que conservaban restos de pólvora. Lo demás no fue difícil porque el odio se desborda como un río del cauce: la mujer confesó todo; mató a la que había sido su benefactora, a la mujer piadosa que le prestó dinero para sortear su enfermedad; la mató porque ella se lo reclamó, sin urgencia, esa tarde antes de las 5 y encontró el momento justo porque sabía que el policía y su amante estaban en el fondo. Siguió a Da. Lola, entró con ella y se dejó llevar por su resentimiento.

A las 5 de la tarde, como en la ejecución de García Lorca, se dijo el comisario, a quien le gustaba relacionar sus lecturas con sus casos.

Error

Cuando Gabino notó que le había salido un ojo en la nuca y comenzó a ver para atrás, lo ocultó de todo el mundo. Al principio se lo negaba a sí mismo pero, por ejemplo, cuando partía rumbo a la parada del colectivo hacia el colegio, bien erguido y mirando hacia adelante, era imposible negar que su ojo nuevo veía con increíble nitidez a su madre, aún parada en el umbral de la casa despidiéndolo. Y luego, ya sentado en el vehículo, se mareaba un poco viendo las imágenes al frente y al mismo tiempo las que iba dejando a sus espaldas. Era raro, pero se fue acostumbrando y luego fue placentero y hasta divertido, cuando se dio cuenta que podía cerrar el nuevo ojo cuando quisiera y abrirlo sólo cuando lo necesitaba, de manera que pasó a ser un privilegiado con tres ojos cuando había tantos que no tenían ninguno. Este pensamiento llegó a preocuparlo seriamente hasta desvelarlo y permanecer con los tres ojos abiertos durante varias horas de la noche.

Ocultarlo celosamente también era un problema porque el cabello no crecía tan pronto pero llegó a disimularlo hasta que una melena abundante hasta los hombros lo mantuvo tranquilo y tornó a sus padres exasperados por su transformación. Ésta no fue sólo física, se volvió callado y taciturno, debía concentrarse en qué imágenes le convenían

más y así mirar por delante o por detrás y ésta le insumía mucho tiempo y esfuerzo.

Cuando manejaba no necesitaba espejo retrovisor; cuando iba al cine, prefería a veces desechar las películas, cerrar los ojos delanteros y divertirse mirando a los enamorados de las hileras finales en la oscuridad. Tenía ventajas en los deportes, sobre todo en el fútbol, cuando sus rivales no se explicaba cómo le salían a la perfección los "tacos" y las gambetas.

Gabino era un joven bondadoso, comenzaron a molestarlo esas ventajas y empezó a desear fervientemente que fueran para otro.

Su nuevo carácter lo llevaba a profundas y cada vez más seguidas meditaciones hasta que una tarde, sentado en el banco de una plaza y entregado a ellas, vio que se sentó junto a él un joven extrañamente alado y con naturalidad le arrancó con firmeza el ojo de la nuca como se arranca el botón de una camisa.

– Perdón – le dijo – fue un error.

Y Gabino vio con sus enormes ojos azules que por suerte le bastaban, cómo el joven voló hacia otro banco y se sentó junto a alguien oculto por un árbol, del que sólo llegó a distinguir un bastón blanco.

“Adiós, Negro”

Mi hermano es temático, obsesivo, con los perros. Sus perros son el centro de interés de su existencia, y no exagero. Vuelca en ellos la dedicación que un padre responsable tiene por sus hijos y más aún, la sobreprotección con que algunos los agobian. También son ellos el único receptáculo de su ternura, una ternura extraña, escasa, tímida, muy propia de su carácter cerrado a toda manifestación sentimental.

Hassan El Casco fue el primer espécimen canino de una larga serie: una bullterry blanca de ojos tristes, munida de todos los papeles y premios correspondientes a su refinada estirpe. A medida que fueron naciendo los cachorros, idéntica y curiosamente repetidos: unos blancos, otros atigrados, fueron también creciendo los afanes del dueño y sus dificultades de estudiante perenne, solitario y bohemio. Comenzó a regalarlos, en actos de real desprendimiento, sólo a los amigos, que al mismo tiempo que aseguraban la valoración de la entrega, le daban la ventaja de poder verlos crecer.

Yo recuerdo de aquellos años, en mis visitas a su casa, a la perra madre, cansada, ausente, tendida en el interior de una gran caja de madera, y los cachorros de turno saltando a su alrededor, entre pelotas de papel de diario desparzamadas por el piso, con las que se abrigan o jugaban.

De los múltiples nacimientos, Luis conservó sólo dos de los hijos: White y Black, que se convirtieron en dos perros típicos de la raza bullterry, macizos, poderosos, de patas reacias, formando perfecta cuadratura con el torso. La perra, White, era un calco exacto de la madre, totalmente blanca y rotunda, de mirada inexpresiva y modales pegajosos. Black, el Negro, un magnífico ejemplar de pelaje oscuro, atigrado y brillante, en el que se dirían ajenos el hocico y el collar de un blanco inmaculado, y los extremos de las patas, que le hacían parecer calzado con guantes de etiqueta.

En sus cartas periódicas a mis padres, Luis reiteraba un solo tema: los perros. Así nos enterábamos cómo evolucionaban y cuáles eran sus costumbres, manías, enfermedades y progresos. Vivían encerrados, sin ningún contacto exterior, sin ambicionar espacios verdes que nunca conocieron, reconcentrando su energía de animales jóvenes en un deambular incierto por la casa, mimetizados con el dueño en el silencio. Aprendimos a amarlos en nuestros viajes a Santa Fe donde Luis residía y terminamos por aceptarlos en el desmesurado sitio que él les adjudicara, hasta el punto de espaciar sus visitas a la casa paterna "porque no tenía con quién dejar los perros".

Hassan no sobrevivió a un tumor maligno. Sólo quedaban White y Black para testimoniar el paso de los años y recibir del amo casi, casi todo su caudal de ternura. Hay naturalezas únicas, de primera calidad y sin embargo, imposibilitadas de expresarse, a quienes realizar un gesto de afecto parece traicionar su intimidad; naturalezas reservadas aparentemente frías, que prefieren la callada compañía de un animal querido a las comunes satisfacciones de los hombres.

Yo tuve acceso a ese mundo cerrado de mi hermano por una circunstancia fortuita. Llegué al umbral del recinto prohibido de su alma y allí atisbé profundidades insospechadas. Sólo se me permitió estar en el umbral pero me bastó para respetar lo incomprensible. No estuve adentro, pero por fin, tampoco estaba afuera, excluida. Fue el año de mi enfermedad. El año en que nació nuestra amistad.

Los perros estaban viejos -9 años-. Nosotros, en la madurez de la cuarentena. Me fui a vivir a la casita de estudiante, desordenada y sin embargo original en el desorden, repleta de libros y de polvo, oscura y a la vez acogedora. Fue mi refugio de convaleciente, el puerto de mi barco destruido. Tres meses conviví con Luis y los perros. Meses difíciles en los que la inacción y el temor poblaban de sombras acechantes mis días larguísimo. Sin embargo, no me sentía sola: mi hermano, al fin, cedía sus bastiones y me prodigaba su afecto; la muda presencia de los perros, me comunicaba seguridad y calor. Mi padre me escribía diariamente y desde un marco de plata o desde el infinito me sonreía mi madre. Me sentía feliz y desgraciada al mismo tiempo. Sensibilizada por la enfermedad, desprendida de lo terreno, me conformaba con esta atmósfera de hogar que se me daba.

Así estaban las cosas cuando el Negro dejó de comer. Luis, aprensivo, no esperó mucho tiempo para llamar al veterinario, un profesional amigo al que acosaba con sus periódicas consultas. Esta vez pidió radiografías y análisis para luego diagnosticar lo inesperado: se trataba de un envenenamiento. El Negro estaba envenenado. Noticia insólita y cruel para mi hermano cuyos extremos cuidados se veían burlados por un artero manotazo anónimo. Serían los vecinos los autores? Por qué, si eran perros que jamás molestaban ni salían? O serían futuros ladrones que allanaban de

esa manera su camino? Luis estaba como enloquecido. Repartía su tiempo entre denuncias, llamadas al veterinario, aplicación de inyecciones, vigilancia del enfermo y de la perra, no fuera ésta a correr la misma suerte. Comenzó a preocuparme su idea fija: salvar al Negro malgrado.

Y si no podía? Si nada podía su denuedo contra el avieso crimen? Yo misma, contagiada de su ansiedad y pena, me sentía confusamente culpable de que esto hubiera sucedido precisamente durante mi estadía, como si yo le hubiera llevado desgracia con mi propia desventura; como si en la casa hubiera entrado de pronto y de puntillas, tomada de mi mano, la desdicha.

Partía el alma ver al perro doliente en su canasto, sin quejas. Había en él la desolación de un paisaje devastado, ausente de vida, mustio. Fueron días de espera, hasta que la primera mancha roja, tiñó toda esperanza. Comenzaba la fase conclusiva de las hemorragias.

El Negro murió ante mis ojos, mirándome. Yo estaba en la cocina cuando lo vi levantarse y dirigirse hacia el patio, pero no llegó. Quedó allí, frente a mí, y se fue desplomando de a poco, despacito, siempre mirándome. Pude "ver" como la muerte lo atrapaba, pude ver que sus patas se doblaban y su cuerpo macizo cedía, cedía... Y siempre mirándome. Me puse a gritar, desconsolada. Luis llegó para ver el final, y fuimos testigos del segundo último de una existencia. Sobrecogedor, terrible instante, en que se pasa de la vida a la muerte.

Mi hermano alzó al perro con esfuerzo y lo depositó suavemente en el canasto de mimbre. Miré el pálido rostro de Luis, su desolada impotencia y me sentí como una intrusa que sorprendía su intimidad al desnudo, su despedida al

compañero amado: primero la palmada y luego el "Adiós, Negro", que decía tantas cosas... La perra ni se acercó, ignoro si por indiferencia o por instinto. Nosotros quedamos allí estáticos, como golpeados. Afuera llovía con violencia y todo era tan triste que aún hoy el recuerdo me lastima.

Luego se impuso la situación, la necesidad del ritual: Qué hacer con el pesado cuerpo inerte, enorme, de patas rígidas? La lluvia fustigaba las puertas, era imposible sacarlo siquiera y menos enterrarlo en el barrial. Había que esperar al día siguiente, inevitablemente. Desesperados, nos pusimos a buscar algo adecuado para cubrirlo; una vieja carpeta de hule que cerramos con adhesivos y la funda plástica de mi tapado de piel, fueron la improvisada mortaja; y así quedó reducido, pobre Negro, a un envoltorio informe.

Luis se encerró luego en su cuarto y yo en el mío, a degustar tristezas. Sentí que este momento amargo nos unía, sin palabras. Creo que pasó la noche en vela y yo también, pensando en el enigma de la muerte; en la muerte de los animales y en la muerte de los hombres. Seres tan queribles como los perros partían hacia la nada sin que tuviéramos la esperanza de reencontrarlos jamás. O debíamos decirnos: "Su común suerte no compadezcas. Transformados en luz del gran Todo, se yerguen magníficos... igual que tu alma mañana, hoy quizás, oh tú, que pasas". Versos aprendidos no sé dónde ni cuándo... Versos para "los perros muertos sobre la tierra", que ojalá no fueran sólo versos...

Al día siguiente Luis llamó a un amigo para cavar juntos la tumba; y ése fue el final de Black, el atigrado. Una tumba en el jardín, sin epitafio, donde bien podría decir "Buen amigo".

Las manos de Teresa

Teresa tenía la cara oscura y la sonrisa blanca, es más, blanquísima; y como la alegría era uno de los rasgos sobresalientes de su carácter, vivía sonriendo con su sonrisa blanca. En algún preciso momento en que la conjunción de astros la favorecía, vino a llamar a la puerta de la familia Costta y se quedó para siempre. Probablemente se veía muy desvalida con una beba prendida a sus polleras y otra en los brazos y doña Celeste Costta de natural bondad la tomó como mucama a pesar de que ya tenía dos empleadas en la casa. Se hizo querer tanto, que veinticinco años más tarde, se aprestaba para celebrar las bodas de plata con la familia, si bien de ésta sólo quedaba una hija, Luciana, que la heredó junto con todo lo demás y declaraba a sus amigas que no podría vivir sin ella. En efecto, Teresa conocía las costumbres de esa casa como su propia respiración; se adelantaba a los deseos de su patrona con sólo mirarla y realizaba todas las tareas domésticas con la misma diligencia con que pedaleaba su bicicleta rumbo al trabajo. Luciana, que ya frisaba en los sesenta y no tenía buena salud, la requería para todo porque, hay que decirlo, Teresa tenía además una habilidad tal en las manos, que arreglaba cualquier desperfecto sin que hubiera que llamar al plomero, al electricista o al carpintero. Es cierto que Luciana, años

atrás la había hecho capacitar con distintos cursos en una escuela profesional de mujeres, pero con eso sólo hizo aumentar su disposición natural y destreza manual: Teresa era una joya y había que premiarla. ¿De qué manera? se preguntaba Luciana, que en tantos años también conocía al dedillo todo lo referente a Teresa, que vivía con su madre octogenaria, ya había casado a sus dos hijas y gozaba de sus nietos. Dedicaba las tardes al culto en la modesta capilla de su barrio y su debilidad manifiesta era una devoción conmovedora a la Virgen de Itatí, patrona de los correntinos. ¡Ya está!, se dijo Luciana, exaltada por la inspiración, le regalaría un viaje a Itatí; sabía que nunca había salido del pueblo y éste sería, tenía que ser, inolvidable.

Así fue como en el mes de julio, en vísperas del 16 para ser exactos, Teresa Cáceres se vio sentada en un colectivo como parte de una tarjeta postal. Detenido éste en la ruta para dar paso a la caravana, de la que también ella formaría parte, vio a través de las ventanillas un espectáculo multicolor como no había visto jamás: jinetes con atuendos pintorescos de colores diversos, conducían sus cabalgaduras adornadas con profusión; había autos y colectivos esperando alinearse, pero lo más admirable eran las carretas, decenas de ellas, con sus techos de lona verdes, rojos, azules, amarillos y al frente sus conductores, familias enteras con trajes de fiesta, flores en el pelo las mujeres; sombreros de ala ancha, los hombres; y por todas partes el fervor, un fervor que se podía palpar materializando en ese homenaje común: iban al encuentro tradicional de las Vírgenes de Corrientes (Argentina) y Caá Cupé (Paraguay) en el Río Paraná, acontecimiento anual que los congregaba con la precisión de un astro.

Habían desaparecido el frío y el cansancio para ser reemplazados por la expectativa: aguardaban la imagen del Rey de Francia, San Luisito, que es el compañero inseparable de la Virgen de Itatí en este peregrinar: para Teresa un santo desconocido pero instantáneamente querible con su aspecto de niño, su corona y el rojo manto de armiño, patrono de San Luis del Palmar adonde se incorpora llevado en andas a la caravana.

Y por fin Itatí, el pueblo de la "piedra brillante" con la mole de la Basílica imponente mirando hacia el Paraná, presenciando junto a millares de fieles peregrinos el encuentro de las lanchas floridas con banderas de ambos países portando las imágenes cargadas de historia y de fe. A Teresa le faltaban ojos pero le sobraban lágrimas, observaba en la orilla el espectáculo indescriptible del sol jugando en las ondas del río, espejando los pañuelos en alto de la multitud, miraba "su" virgen morena frente a frente con la otra, la Virgen Azul como llaman a la de Caá Cupé con su manto bordado; siente que nunca podrá pagar este regalo que su señorita Luciana le ha hecho... ¡está tan agradecida!

Mientras toma en la plaza una frugal merienda antes de emprender el regreso, Teresa siente que todo lo vivido marca un antes y un después en su simple existencia, que debe plasmar en algo más que en su memoria esta comunión íntima que ahora más que nunca tiene con la Virgen de sus amores y entonces, inexplicablemente, sus manos comienzan a hacerse sentir como si un hormigueo alborotador las incitara, se mueven solas, quieren hacer, dirigir. La muchacha tiene en una de ellas un pequeño cuchillo con el que acaba de mondar una naranja; con la otra toma del árbol en que está apoyada un trozo de tronco, una "espina" ancha, amorfa, de la que su destreza movida por la inspira-

ción, irá arrancando formas a la madera rústica, áspera, tallándola con maestría milagrosa, inédita, transformándola en un rostro virginal, purísimo, de una inocencia casta. Su Virgen, la Virgen de Itatí, le sonrío ahora desde una espina de árbol, convertida en el perfil de una mujer muy bella de la que ha dejado sin tocar la parte superior porque ya la corteza semeja una cabellera natural.

Ella no sabe que acaba de realizar una obra de arte; que de su fe y su amor ha creado este rostro único pleno de armonía y sencillez sublimes. Teresa es una artista y no lo sabe, sólo quiere llevar a su señorita Luciana este obsequio de su alma y de sus manos, retribuirle el regalo del viaje, y sonrío, sonrío, agradecida.

Doble condena

La observaba caminar desde lejos, con agilidad, a pesar de que ya no era joven. Su blusa celeste estampada de flores, se mimetizaba en la plaza con los arbustos floridos y con los pétalos caídos de los árboles.

Ella daba una y otra vuelta alrededor de la plaza mientras él las contaba inconscientemente, esperando la próxima. No sólo era un escape para su ocio y su apatía sino que lo hacía sentir acompañado en aquel barrio desierto y calmaba sus nervios tensos como alambres. Estaba en ese departamento, su refugio desde la noche anterior, un aguatero que le consiguió un amigo para que esperara allí hasta que la situación se aclare, ese drama que lo envolvió en un torbellino de espanto del que salió con una muerte a cuestas, indeseada, en defensa de su propia vida. Pero... ¿Quién le creería?... Era mejor ocultarse y luego huir.

La mujer se acercaba y pudo verla mejor: era madura pero hermosa, caminaba erguida como en actitud de desafío, pisando las flores amarillas desprendidas de las tipas, las azules de los jacarandaes, las rosadas de los lapachos, hacían juego con su blusa ancha, que flameaba un poco. El pantalón holgado también se agitaba contra el viento y por

un momento le pareció, cuando ella se alejaba, que en lugar de caminar, volaba.

La vida de él había sido un continuo despojo, material y afectivo. De su primera familia, sólo recordaba a la madre y luego al asilo, que lo devolvió a la sociedad, bueno pero infeliz. Era de esos hombres que siempre pierden, no se sabe si por las circunstancias o por la naturaleza. De la segunda familia, formada prematuramente, le quedó la frustración del abandono, de su mujer primero, luego de los hijos, a los que ahora veía de tanto en tanto, sólo para recibir desprecio.

Se distrajo un momento en su atalaya para pensar en qué les había fallado, dónde estuvo la raíz del desamor, pero ya era tarde para reminiscencias, el presente lo había metido en una trampa inesperada y fatídica.

De pronto se dio cuenta que la mujer había desaparecido, la plaza lucía estática, muy nítida, sin ella. Le pareció que había perdido algo irrecuperable y que esa ausencia nueva se sumaba a las otras tantas, ya conocidas y dolorosas. Pero aguzando la vista la descubrió caída muy cerca suyo, casi enfrente, rodeada de los pétalos que había pisado y que ahora, benévolos, le servían de alfombra. ¿Qué hacer? ¿Sería un desmayo momentáneo o algo más? No había nadie a la vista, alguien que pudiera auxiliarla; sólo él, sólo él podía cambiar ese instante haciendo uso de un poder efímero pero total. En el segundo que siguió tuvo que decidir dejarla abandonada a su suerte o ayudarla desafiando al riesgo de perder su libertad si era descubierto. Lo primero sería el gesto del ser anodino que había sido hasta entonces, lo segundo tenía rasgos de heroicidad - voluntad de aventura que desconocía- y optó por ser héroe.

Salió a la calle todavía solitaria y en pocas zancadas estuvo junto a la mujer que yacía; ahora, increíblemente, los ramos de su blusa estaban entre sus manos; comprobó con alivio que ella comenzaba a volver en sí. Hablaron, la ayudó a incorporarse, la acompañó hasta su casa cercana. Nunca sabría la audacia de su gesto que en apariencia era sólo solidario.

- Me llamo Nadia, dijo ella.

- Y yo, Juan.

Los nombres marcaron de entrada, la diferencia. En los días que siguieron, para Juan, Nadia fue única, fina y extraña como su nombre. Ella le decía que el suyo, que él consideraba vulgar, había sido elevado por algunos como el Tenorio y el de la Cruz, pero ni la mención de un sibarita y un santo, lograron convencerlo.

- Juan es un nombre vulgar, para un hombre vulgar como yo-

Se dijeron todo desde el principio; ella no tenía que ocultar más que su leucemia que le jugaba esas malas pasadas, como la de la plaza. Él no tenía que ocultar más que su crimen involuntario que lo mantenía recluso. Fuera de eso, ella era viuda y había enseñado letras en un colegio, antes de retirarse. Él le contó los innumerables oficios por los que había pasado hasta jubilarse. Nadia le propuso, al cabo de un mes que se mudara a su casa y él aceptó, pensando que no tenía sentido negarse a la felicidad, aunque fuera tardía y estuviera tan amenazada.

Si bien eran distintos, una serena armonía signó su relación, dándole a cada uno lo que le faltaba. Las atenciones de él hicieron para Nadia más dulce la tremenda vigilia de

la muerte, y la sola presencia de ella significaba para Juan una tregua en la oscuridad de su conciencia. No hablaban de amor pero se lo daban.

Nadia siguió en los amaneceres caminando por la plaza confundida con las flores y él continuó observándola desde la ventana contando mentalmente sus idas y venidas, rogando todo el tiempo que se dilatara el cumplimiento de la doble condena.

La primera se cumplió un día aciago en que ella ya no pudo salir y se despidió para siempre con una sonrisa. La segunda se la impuso él, cuando se presentó ante el juez diciendo: -Me llamo Juan... y maté a un hombre.

La Visita

Desde que escribe, las musas le sonríen; no es precisamente lo suyo, ya que se recibió de abogado muy joven y las leyes, además de gustarle, lo van llevando por caminos ascendentes, tanto que, a los 28 años, es Juez de Crimen en Curuzú Cuatiá, ciudad importante de Corrientes.

Sin embargo, su tarea realista, compulsiva, que perentoriamente le hace presenciar los peores crímenes y mirar de cerca lo más abyecto de la raíz humana, no es incompatible con los versos que le sirven de catarsis salvadora.

Tiene una amiga que lo insta a escribir recordándole su sensibilidad poco común, esa mirada diferente propia del poeta, y por eso Romy escribe en sus momentos de ocio y hasta compone canciones para estrenar en escenarios distantes donde su inquietud folklórica lo lleva. Ganó ya premios literarios y musicales que lo hicieron conocer a sus pares en diversos encuentros. De sus lecturas, ha elegido un autor para su admiración y junto a los gruesos libros jurídicos, va formando la otra biblioteca, la mágica, donde alternan sus poetas preferidos con ese narrador venerado, Pizarro, de quien tanto le ha hablado su padrino, el historiador Federico Palma.

Leyó casi todo lo de él, pero le seducen las estampas de CHE RETÁ donde más se manifiesta el estilo sencillo del autor, evocativo de la naturaleza y de los hombres de Co-

rrientes. Advierte en la lectura el profundo amor por la tierra que es la suya y por los hombres marginados que la pueblan, en medio de un idílico universo de pájaros, de árboles, de costumbres pueblerinas.

Uno de los momentos más emocionantes en la vida de Romy fue conocer personalmente a su ídolo en un encuentro de escritores donde confraternizaron y él se mantuvo pendiente de las más mínimas palabras de Pisarello y hasta se animó a darle tímidamente su primer libro, al despedirse. El maestro lo puso distraído en el bolsillo del piloto, agradeciéndole, pero pendiente ya del micro que lo llevaría a Buenos Aires donde residía y Romy quedó mirándolo partir bajo la lluvia con una vaga frustración. Cuando al cabo de varios meses recibió una carta de Pisarello no lo podía creer: le comunicaba su asombro al descubrir en otro día de lluvia, el libro olvidado involuntariamente y su alegría de beber aquellos versos castos, nuevos, tan frescos que le recordaban a Pedroni. Desde entonces le escribía periódicamente, siempre instándolo a continuar, a dejar de lado otras actividades para dedicarle más tiempo a la poesía.

Ahora tiene la oportunidad de visitarlo ya que viaja a Buenos Aires y le ha pedido una cita, presiente que ese encuentro significará mucho en su vida literaria y lleva sus últimas creaciones para someterlas a la mirada crítica de su admirado amigo, ya puede considerarlo así, a la distancia.

El subterráneo lo lleva al antiguo barrio porteño de Flores, encuentra el domicilio y camina el largo pasillo que lo conduce a la puerta buscada, llama con mano trémula y cuando el anciano le abre, lo abraza reverente. Vive solo; también él está muy emocionado porque a veces los innumerables libros que tapizan el pequeño departamento no le

bastan y necesita voces, compañía de otros creadores que le consultan y que si son jóvenes como éste, mejor. Hablan tanto... sentados en el gastado sofá, en medio de la luz difusa de una tarde que se va convirtiendo en noche sin que se den cuenta. Hasta que, de improviso, el viejo escritor se pone de pie, se queda mirándolo sin expresión alguna y repentinamente se desploma, sin ruido, como un almohadón de plumas. Muerto.

¿Se puede morir así? Se pregunta Romy. Inexplicablemente, está sereno. Recuerda que no hay nadie en la casa y sale entonces al angosto pasillo para llamar a las puertas vecinas. Pisarello murió, Don Gerardo, Don Nico murió, va diciendo. Se siente extraño, como un destinado al anuncio, como el heraldo fatídico del supremo instante de este hombre, su venerado amigo que lo citó en su casa sin saber que testificaría su muerte.

En las horas que siguen, el pequeño departamento va llenándose de gente, la mayoría escritores, intelectuales, amigos que llegan demudados por la sorpresa y el dolor. Romy se siente el centro de interés, todos quieren saber cómo fue, cómo pasó y a fuerza de repetirlo se va convenciendo de que su presencia en este hecho insólito tiene un oculto mensaje, que no fue por azar, que tendrá para siempre la pesada carga de desentrañar por qué él fue el elegido para ir al encuentro de un final.

¿De un final o de un principio?... Esa misma noche, de regreso del velatorio al que fue acompañado esta vez por su mujer, sensibilizados por la emoción y la congoja, deciden la adopción de su primer hijo que se llamará Gerardo.

La Ruptura

Asunción lavaba la galería de la casa, inclinada sobre el trapo de piso y el lampazo, ajena a todo lo que no fuera el rítmico vaivén de estos elementos que irrumpían en los huecos de plantas y planteros. No sospechaba siquiera los tres pares de ojos que la observaban tras los visillos de las ventanas sobre la galería y convergían en su pollera rayada, fruncida y abultada a la altura del vientre. "No hay duda, está embarazada" corroboraban la patrona y sus hermanas hurtándole este entretenimiento al ocio y al tedio de la sies-ta cotidiana.

Asunción tenía 20 años y junto a su hermana Ramona eran las mucamas "con cama adentro", es decir que dormían juntas en una pieza adosada a la cocina en el fondo de la casa, donde se aislaban luego de las tareas para leer las revistas de artistas de la época, "Antena" o "Radiolandia", y acicalarse cuando la tardecita indicaba la hora de "pararse en el portón" para mirar la calle y esperar pretendientes, aunque Asunción tenía novio oficial; se llamaba Joaquín y acusaba varios años más que ella, no sólo en la edad sino en la apariencia: era rubio casi albino, macizo, de pelo hirsuto cortado al rape, y vestía con ciertos humos porque su oficio de taquillero en el Cine Cervantes le hacía creer, y así era, que su popularidad era mucha y debía mostrar aires de

señor para corresponder a cuanto personaje acudía al único cine del pueblo y lo saludaba de igual a igual.

Su relación con la mucama de los Gallardo había nacido allí, justamente en la ventanilla enrejada de su pequeño rincón donde vendía los pasajes a la fantasía del cine, por aquel entonces, en blanco y negro. Allí los pícaros ojos de Asunción lo flecharon en aquella matinée bullanguera de un domingo y lo llevaron a hablar con sus patrones para "conversar formalmente" como se estilaba en esa época. Desde entonces, la novia y su hermana eran asiduas concurrentes a los distintos horarios en que el rubio Joaquín, a veces turnándose con otro, pasaba las películas glamorosas de aquel entonces o las de cowboys y pandillas que entusiasaban a los más jóvenes. Pero Asunción prefería aquellas en que Zulli Moreno o Laura Hidalgo desbordaban la pantalla para meterse en su desprevenido corazón y hacerle sentir los altibajos de pasiones dolorosas y sublimes muy distintas a su condición diaria. Cuando volvía a su mundo real poblado de escobas y cepillos y de algunos desprecios involuntarios no encontraba el equilibrio y se perdía otra vez en la lectura de revistas donde las estrellas y los galanes de farándula tenían por fondo musical los cloqueos del gallinero próximo a su pieza.

Sus patrones eran muy buenos. Cuando Joaquín L., de popular oficio y reputación seria, puso los ojos en ella, le allanaron todos los caminos permitiéndole visitas y salidas, sobre todo estas últimas, sabiendo que serían invariablemente al cine cercano, que en verano abría su terraza con piso de grava, mesitas y sillas de hierro pintadas de gris, desde donde se veían bajo las estrellas las comedias o los dramas, sin hacer caso al íntimo reclamo de almohadones.

Tal vez sea el momento de decir que Ramona, aunque no tiene ninguna importancia en este relato, era malhumorada y arisca, mientras María Asunción era la preferida de los niños por ser cándida y maternal; por eso mismo se ganó la confianza de la señora Elvira que mandaba con ella sus hijos a la escuela y también a la sección familiar del cine de los domingos, desde donde volvían los chiquillos mirando a hurtadillas los besos disimulados de la mucama y su rubio novio autorizado.

Así siguió todo sobre rieles, tanto que Don Rómulo y Doña Elvira habían dado el sí para actuar de padrinos en la próxima boda y ya tenían comprada la frazada que sería el digno obsequio. Faltaban los anillos y éstos llegaron a manos de Asunción en una cajita azul, entre función y función de cine.

Hasta que... de un día para otro todo cambió. No hubo llantos de Asunción pero tampoco hubo palabras; los que estaban cerca intuyeron que nunca iban a enterarse el porqué de la ruptura, pero supieron de ella por el chico de los mandados que fue el encargado de devolver la cajita azul. Entonces ¿era ella la que tomó la iniciativa?... ¿Tanta ficción de celuloide la había hecho esperar del grueso y formal Joaquín el romántico garbo de Carlos Thompson? ¿Se permitía desdeñar desde su modestia de doméstica a un candidato que le ofrecía casamiento como Dios manda y la alternativa de cambiar, aunque sólo fuera los escobillones ajenos por los propios? Nunca las conjeturas fueron tantas ni las preguntas obtuvieron tanto silencio; la hermana no hablaba porque no sabía.

Cuando doña Elvira llamó a sus hermanos para mirar desprevenida a la sospechada, aquella siesta bochornosa

en la galería, los tres pares de ojos llegaron a unánime conclusión: Asunción estaba embarazada.

Las presunciones tomaron entonces el rumbo opuesto. ¡Cómo, Joaquín L., tan serio, tan cumplidor en el noviazgo! Había llegado hasta el extremo de atreverse a tratar con los señores que le confiaron como si fuera una hija esta muchacha inocente... ¿Se haría cargo de su hijo el muy taimado? ¿Le pedirían o no una explicación?...

Los meses pasaron sin que los patrones acertaran a tomar una actitud acorde con las circunstancias y, llevados por el cariño, toleraron la larga espera silenciosa, porque, eso sí, Asunción no soltó prenda, ni siquiera cuando tuvo entre sus brazos a un negrito precioso, motita, motita.

El perfume de nardo

El Banco bullía de gente resentida, enojada, fatigada, harta, desesperada. La crisis económica golpeaba de distinta manera pero les dolía a todos y ella no escapaba al descontento general y a la presión de los números martillando en su cerebro con los implacables cálculos diarios. Eran todos conocidos en ese pueblo pero ahora se saludaban distraídos, reconcentrados en una expresión hosca y preocupada. Algunos se iban al otro extremo, vociferando sus problemas al interlocutor casual y hasta gesticulaban clamando venganza por el despojo popular. A ella le tocó la confidencia de uno de los indignados que agregó más acibar a sus ya amargos pensamientos.

Cobró y salió del Banco, contagiada por supuesto del irrespirable ambiente metalizado del dinero o, paradójicamente, de la ausencia del dinero que volvía al ser humano tan reducido, tan miserable, que no tenía tiempo de admirar al sol, de acariciar al hijo o simplemente de hablar algo placentero.

Lo vio venir de lejos, caminando por la misma vereda, apoyado en un bastón. Era el único de los empleados de su padre que todavía vivía, Juan Ángel, uno de los más jóve-

nes en aquel entonces, cuando ella era una niña y su papá tenía un gran almacén de Ramos Generales.

- Juan Ángel.

- "Sedita". ¿Cómo estás?

- Hace años que no nos vemos, pero hoy estás en mi camino y quiero hacerte una pregunta, algo que me enteré hace poco y que me contó Montero, cuando quedé hemipléjico y lo fui a visitar.

- Pobre Montero, murió pronto... ¿Qué te contó?

- Que mi padre te regaló una casa ¿Es cierto?

- Sí, es la casa donde todavía vivo. Fue en el 55, se me presentó la oportunidad y yo no tenía la plata, ya hacía 10 años que trabajaba con él y me animé a pedirle... Enseguida me la dio y pude hacer el negocio, era una casa chica con dos piezas, pero nunca me reclamó el dinero. Hizo lo mismo con Fernández, el de la vuelta.

- Nunca lo supe, claro, yo estudiaba en Rosario en aquel entonces.

- Tu papá era así, "Sedita", de fierro. ¡Qué patrón!

Ella no quiso mostrar su emoción y se despidió; la revelación había borrado de un manotazo la cruel actualidad y solo recordaba fielmente y sentía a flor de piel la sensación constante de su infancia; la protección del padre que la colmó de amor y de seguridad. No le sorprendió esta nueva prueba de su altruismo pero sí el secreto y el tiempo transcurrido para develarlo.

Al llegar a su casa todavía conmovida, buscó prolongar la última sensación, aquella que remontó a tiempos felices,

donde reír era cotidiano, había en la casa espiritualidad, diálogos y juegos, ambientes de lecturas y, sobre todo, rienda suelta a los sentimientos. Buscó la Biblia (su generación no la había conocido) y se puso a leer como ahora lo hacía diariamente. La página del día hablaba de aquella cena, la última en Betania, donde la pecadora, convertida ya para siempre al buen Amor, derramó un costoso perfume de nardo puro sobre los pies de Jesús y lo enjugó con sus cabellos. Judas Iscariote, el de la bolsa, el que lo iba a entregar, protestó por el supuesto despilfarro:

"¿ Por qué no se vendió este perfume en trescientos denarios?"...

Venía de la calle tan influenciada por las vivencias del día, que no pudo menos que comparar la coincidencia de los antagonismos, y el Iscariote se hizo símbolo del cálculo, del robo, de la estafa y del odio que hoy padecían, y en cambio, el noble gesto de su padre, realizado hacía 47 años, vino a impregnar todo desde el más allá, con el fragante, imperecedero, perfume de nardo.

Agradecimientos

A mi hija **Laura**,
que fue la idea y la acción para que se concretara este libro.

A **María del Carmen Vianna**,
por sus valiosas sugerencias

INDICE

Presentación	7
Tras la celosía	11
La guitarra	15
El niño solo	21
Jugando, jugando	27
Los pasos	33
No le mojen las alitas	41
La obsesión	45
Las cartas	51
La ventana	57
Identidades	61
Cuando guiñen las luces	65
La estatua del ángel	69
La pasajera extravagante	75
El mensaje	79
In memoriam	83
El maníaco	89
La autopista del norte	95
Del más allá	99
La alucinada	107
Un par de alas	111

Tras la celosía

Aquellos ojos.....	115
La purificación.....	121
El Elixir del Amor.....	125
¿Quién mató a Lola?.....	129
Error.....	135
"Adiós, Negro".....	137
Las manos de Teresa.....	143
Doble condena.....	147
La Visita.....	151
La Ruptura.....	155
El perfume de nardo.....	159

Este libro se terminó de imprimir en Moglia S.R.L.
En Corrientes, Argentina - Agosto de 2014

